AL OTRO LADO DE LA PUERTA

por Ashley Miranda

Apareció una vez más,
en el lar que jamás pensé temer,
vestida de otro rostro, de otra piel,
mas perturbadoramente familiar.

Sentí un mudo miedo al distinguir
aquella puerta raída que se erguía,
de roble sombrío y pesada hostilidad,
que el vacío pareció engendrar
en las entrañas de la noche anterior,
al final de aquel oscuro corredor.

Sus vetas semejaban, a lo lejos,
surcos de una antigua herida,
y su marco, retorcido por el tiempo,
como sosteniendo persistente,
el peso de incontables sufrimientos.

Sus goznes oxidados rechinaban
sin que nadie los moviera;
y se sentía el gélido soplo
de algo respirando…
al otro lado de la aciaga puerta.

Fingí ignorarla, pretenderla un desvarío,
un reflejo de antiguas pesadillas;
mas en su carcomida osamenta
discerní el murmullo apabullante
de conocidas memorias y penas.

Quise distanciarme,
escapar de aquel entorno frenético,
sepultar su presencia en mi silencio,
en un pozo sin salida ni acceso.

Pero cada paso que retrocedía
me acercaba dos pasos al mismo punto féretro.

Y tras la madera, cada vez más cerca,
crecía aquel ruido ya aprendido:
el coro de mil voces prisioneras.

Podía sentirlas implorar.
Algunas buscaban ser oídas;
otras, que las dejara en paz;
pero una, entre las voces afligidas,
articuló mi nombre con el eco de mi sufrimiento.

Sentí la sangre congelarse en mis venas
y un nudo sofocante entre mi cuello;
pues aquella voz, somera y temerosa,
guardaba algo de mi propia esencia.

Apoyé mi palma sobre el roble viejo,
desafiando mis manos trémulas.

Palpaba su piel resquebrajada
al tiempo que suponía, con incierto,
lo que encontraría…
al otro lado de la puerta.

¿Por qué sabía mi nombre aquella sombra?
¿Por qué mi espanto parecía conocerla?
¿Por qué, si presentía un mal antiguo,
estaba sucumbiendo ante ella?

Permanecí inerte frente a su umbral,
oscilando entre evadirla o ceder.

Temiendo descubrir lo que escondía,
temiendo aún más nunca saber.

La aldaba palpitó tres veces,
precipitando mi destino,
y volví a escuchar mi voz.

Esta vez parecía advertirme,
mas su súplica se desvaneció
como un último respirar
antes de lograr su cometido.

Extendí mi mano hasta su empuñadura,
sintiendo su sólido y frío hierro,
evocando en mi interior
vagos y sombríos recuerdos.

Comprendí así que aquel umbral
conocía mis tormentos y secretos.

Giré la llave pausadamente,
sin saber por qué lo hacía,
con las manos aún temblorosas,
y poco a poco…
cedí al llamado de la desdicha.

La puerta se entreabrió sigilosa,
dejando escapar un hálito peculiar
de palpable inquietud,
mientras, al fondo del pasillo,
escuchaba al silencio agonizar.

Detrás no vi el semblante de la muerte,
ni demonios, ni espectros,
ni un abismo dispuesto a devorar.

Tan solo un entorno inmenso,
custodiado por una perpetua oscuridad;
y alrededor, infinitos espejos
cubiertos de polvo y cenizas.

Y en cada uno, reflejos de sombras
revestían mi figura y mis heridas
y, entre sus manos, como ofrendas,
sostenían, sollozantes,
pedazos de mi antigua soledad.

Así, el tiempo parecía detenerse
y el lúgubre ruido incrementar.

Reconocí el alma de aquel sitio,
aunque juraba que jamás antes
había atravesado el ominoso umbral.

Avancé sobre un suelo inestable,
mientras las siluetas comenzaban a ceder;
y al fondo, donde se extinguía la penumbra,
distinguí un perfil sobre la pared.

La silueta, antes borrosa,
se fue hilando hasta tomar forma;
encogida sobre sí misma,
refugiaba su rostro y su mirada.

Y, sin poder evitarlo,
una fuerza desplazó mi cuerpo hacia ella.

Me incliné, temerosa de observarla,
y cuando al fin alzó su rostro,
descubrí que era yo quien me miraba.

No hubo palabras.

Solo el silencio de dos almas
que nunca debieron distanciarse;
una que había aprendido a evadir el mundo,
y otra que jamás logró marcharse.

Quise abrazarla, devolverle lo perdido,
recoger los fragmentos de su ayer;
mas al rozar sus manos transparentes,
sentí que algo comenzaba yo a perder.

Los espejos se quebraron sin crujido
y el suelo comenzó a temblar.

Se reveló un coro de almas olvidadas
que, al unísono, protestó:

«Nos condenaste a vivir encerradas,
en medio de la oscuridad,

nos condenaste a temer»

Retrocedí, buscando una salida,
mas el umbral había dejado de existir;
la estancia se volvía angosta,
tornándose en un túnel, sin principio ni fin.

Y mientras el silencio me envolvía,
escuché, distante, un golpe familiar.

La aldaba respiró tras la puerta
tres veces más.

No podía divisar dónde se encontraba;
solo la escuchaba golpetear.

Reconocí mi presencia tras la madera;
sentí sus pasos con temor llegar.

Quise gritarle que emprendiera la huida,
que no escuchara aquella voz detrás.

Clamé mi nombre tan fuerte como podía,
esperando que me pudiera escuchar;

bramé después para advertirle,
mas mi eco se desvaneció en el lugar.

Supliqué una vez más que no entrara,
pero en vano fue mi hablar,
pues escuché al fondo del oscuro cuarto
la cerradura girar.

Entonces entendí, presa del espanto,
que no importaban los lugares ni los años
ni las vidas que intentara comenzar…

Aquella puerta me encontraría de nuevo.

Pues no era el mundo quien la había procreado
ni la noche quien la hacía regresar;
era lo que en mis sombras permanecía,
insistiendo en que me detuviera a mirar.

Y todo aquello, que intente callar,

aguardará,

recordará,

y entre las sombras crecerá…

al otro lado de la puerta.

ON THE OTHER SIDE OF THE DOOR

by Ashley Miranda

It appeared once more,
within the home I never thought to fear,
wearing another face, another skin,
yet hauntingly familiar.

A silent dread seized me at the sight
of that weathered door standing tall,
of darkened oak and bitter spite,
which the void itself seemed to have spawned
in the depths of the previous night,
at the end of that darkened hall.

Its grain resembled, from afar,
the scars of some forgotten wound,
and its frame, twisted by time,
seemed forever condemned to bear
the weight of countless sorrows.

Its rusted hinges groaned
though no hand dared disturb them;
and through the cracks,
I felt the icy whiff
of something breathing…

on the other side of that dreadful door.

I tried to look away, to call it madness,
a lingering shadow of forgotten nightmares.

Yet deep within its rotting bones,
I heard the overwhelming whisper
of familiar memories and sorrows.

I longed to flee,
to escape that maddening place,
to drown its presence in my silence,
in an abyss with neither entrance nor escape.

But every step I took away
brought me twice as close to that sepulchral place.

And from behind the ancient wood, closer and closer,
grew that sound I knew too well:
the chorus of a thousand captive voices.

I could feel them pleading.

Some begged to be heard;
others begged to be left in peace;
but one, among those mournful voices,

spoke my name with the echo of my own despair .

My blood turned cold

a suffocating knot tightening in my throat;

for that faint and fearful voice

held something of my very soul.

I pressed my palm against the ancient oak,

despite the trembling of my hands.

I traced its cracked and weathered skin,

while wondering, with uncertainty,

what awaited me…

on the other side of the door.

Why did that shadow know my name?

Why did my fear remember it?

And why, if some evil ancient lurked within,

was I surrendering myself to it?

I stood motionless before its threshold,

torn between escape and surrender.

Afraid to discover what lay beyond,

yet more afraid of never knowing.

The knocker throbbed three times.

three hollow beats

that seemed to seal my fate.

And then, I hear my voice again.

This time, it seemed to warn me,

yet its desperate plea faded

like one last dying breath,

before its warning could be heard.

I reached toward the handle,

its iron cold beneath my hand,

and something stirred within me:

the distant shapes of vague memories.

And thus I understood

that dreadful threshold

knew my torments and my secrets.

Slowly, I turned the key,

though I knew not why I dared.

My hands were trembling still,

and little by little…

I surrendered to the call of misery.

The door crept open silently,

releasing a peculiar breath

of palpable unease,

while, at the far end of the hallway,

I could hear the silence slowly dying.

Beyond it, I saw no face of death,

no demons, no specters,

no abyss prepared to swallow me.

Only an immense expanse,

guarded by perpetual darkness;

and all around, countless mirrors

veiled in dust and ashes.

And in each, within their glass

the shadows wore my face and my wounds,

and in their hands, like offerings,

they held, sobbing,

fragments of my long-forgotten loneliness.

And so, time seemed to stand still,

while the mournful din grew louder.

I recognized the soul of that forsaken place,

though I could have sworn

I had never crossed that ominous threshold before.

I stepped across the unstable ground,

as the shadows slowly moved aside;

and at the far end, where the dimness faded,

I saw a figure against the wall.

At first, a shapeless silhouette,

slowly wove itself into shape;

curled tightly upon itself,

she hid her face and her gaze.

And, unable to resist,

I felt a force draw me toward her.

I bent down, afraid to look upon her,

but when at last she raised her head,

I saw myself staring back at me.

No words were spoken.

Only the silence of two souls

that should never have been torn apart;

one had learned to flee from the world,

the other never found a way to leave.

I wanted to embrace her,

to give her back the years she’d lost,

to gather every broken piece

of all she’d been before.

But as my fingers brushed her ghosty hands,

I felt a part of me start to disappear.

The mirrors shattered, yet made no sound,

and the ground began to tremble.

A chorus of forgotten souls emerged

and, in unison, cried out:

“You condemned us to live imprisoned.

in this darkness

you condemned us to dread”

I stumbled backward, searching for an exit,

but the threshold had vanished.

The chamber narrowed all around me,

becoming a tunnel with neither beginning nor end.

And as the silence wrapped around me,

I heard a familiar knock in the distance.

Beyond the door, the knocker breathed

three times again.

I could not see where it was;

I could only hear its hollow knocking.

beyond the wood, I recognize myself;

I felt my fearful footsteps drawing near.

I tried to scream for her to flee,

to ignore the voice that called from beyond.

I cried out my own name as loudly as I could,

praying she might hear me;

I scream again, a desperate warning,

but every echo died

within those hollow walls.

Once more, I begged her not to enter,

but my pleading came too late,

for deep within the darkened chamber,

I heard the turning of the lock.

Then I understood,

with horror deeper than despair,

that no matter where I wandered,

or how the years went by,

nor the lives I might attempt to build anew.

That door would find me once again.

For it was not the world that brought it into being,

nor the night that summoned it back;

it was what remained within my shadows,

begging me to stop and look.

For whatever, I tried to repress,

it will wait,

it will remember,

and it will grow…

on the other side of the door.